

# Nuestro cinema

Título:

Insistencia y repetición de los dibujos animados

Autor/es:

Gómez Mesa, L.

Citar como:

Gómez Mesa, L. (1932). Insistencia y repetición de los dibujos animados. Nuestro cinema. (1):5-7.

Documento descargado de:

<http://hdl.handle.net/10251/42778>

Copyright:

Reserva de todos los derechos (NO CC)

La inclusión de este artículo en el repositorio se enmarca dentro del proyecto "Estudio y análisis para el desarrollo de una red de conocimiento sobre estudios fílmicos a través de plataformas web 2.0", financiado por el Plan Nacional de I+D+i del Ministerio de Economía y Competitividad del Gobierno de España (código HAR2010-18648), con el apoyo de Biblioteca y Documentación Científica y del Área de Sistemas de Información y Comunicaciones (ASIC) del Vicerrectorado de las Tecnologías de la Información y de las Comunicaciones de la Universitat Politècnica de València.

Entidades colaboradoras:



genes y los conceptos sin que el autor de la acción y el autor del film sean prevenidos... hasta mucho más tarde. Y muchas veces, inútilmente. Y el nombre del pobre autor se estampa a la cabeza de una obra que no se parece en nada a la que él había creado. Sobre una obra, de la que él mismo reniega, por desequilibrada, ofensiva e ilógica.

G E R M A I N E D U L A C

## Insistencia y repetición de los dibujos animados

En esta nueva época del cinema — voces y sonidos en alianza perfecta con las imágenes —, fueron los dibujos animados los que más rápidamente lograron la simpatía del público.

Desde el primer momento supieron hacerse agradables. Claro que ya lo eran antes. Pero se mejoraron en su cualidad. La música les favorecía. Y el poder hablar de verdad, para ser oídos: no con gesticulaciones de mudos de nacimiento.

Sin perder su movilidad — nota definidora de buen cinema —, acertaron en la comprensión de la pantalla parlante.

El dinamismo, la diversión para los ojos, preferentemente. Y después, en plano secundario — de colaboración —, el acompañamiento para escuchar.

Así de perspicaces y atinados comenzaron en su actual etapa hablada y sonora «cien por ciento», según la fórmula yanqui, o sea, enteramente, sin síntesis de silencios.

Félix el gato continuaba sus variadas aventuras, con la diferencia de que sus maullidos vivían en los altavoces. Y su cola prodigiosa — de gran mago — seguía en su importancia de arreglarlo todo. Tan pronto se convertía en la hélice de un aeroplano — el propio Félix que se transformaba en esto —, como en una escalinata para subir hasta la alta torre donde tenían prisionera a su adorada, como en una espada de cortante acero...

La cola de Félix el gato ha sido el lápiz genial que trazó mejores historietas para la pantalla.

Intrascendentes, superficiales. Pero graciosas y ocurrentes.

Al menos, sin pretensiones de moraleja y no como en las fábulas, que se quedan cojas si se les quita su consecuencia adiestradora. Pese a la semejanza indudable que existe entre esta clase de películas y ese género literario.

Los franceses, ideadores de esta modalidad cineística, llevaron al celuloide, con ilustraciones fieles al texto, obras de Esopo y La Fontaine. Como si quisieran dar la razón a los que aseguran el par ecido, complacientes de su observación.

Por suerte, vino Félix el gato con su originalidad.

Y allí empieza y termina el auge de las cintas de dibujos.

El caricaturista yanqui Pat Sullivan y su creación popularísima el gato Félix señalan su cumbre.

Los que le suceden — el ratón Mickey, el perro Bimbo, el conejo Blas, la rana Flip, etc. — son simples imitadores suyos. Y aunque le superan en una mayor riqueza de trucos — por la aportación de voces y sonidos —, en inventiva le aventajan a muy duras penas.

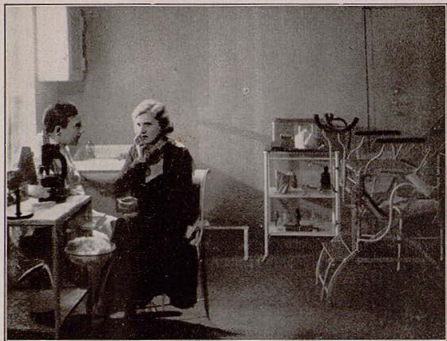
Los paseos de reflexión — baja la cabeza y los brazos a la espalda — del gato Félix, en Mickey son unos silbidos de llamada a su novia. Y una risita chillona, estridente.

Félix el gato es a los dibujos anima-

Jean Galland en «Fantomas», film francés de Paul Fejos. Foto. Braum-Richebé.



«El enemigo en la sangre», film científico novelado de Walter Ruttmann. Foto. Tobis.



dos lo que Charlot al cinema. Su enaltecedor. Y su más auténtico valor. Por eso es lamentable que la pantalla parlante le obligase a retirarse. Acostumbrado a expresarse con gestos, le cuesta enorme trabajo — igual que a Charlot — aceptar la evolución.

Pero, al fin, se decide por la transigencia.

Y entra en la nueva etapa con sus cuerdas vocales desentrenadas e ignorante de los secretos de la música y del canto. Bailar sí que le satisface como joven y jovial que es.

Su éxito, sin embargo, no decrece. Al contrario: aumenta, por encima de su manifiesta torpeza para los últimos gustos.

Y es que las aventuras variadas del gato Félix no necesitan de añadidos sonoros. Ni de palabras. Únicamente las indispensables. Triunfan por sí mismas, por su chistosa y sugestiva amenidad.

No tarda Félix en convencerse de que le faltan energías y entusiasmo para luchar con sus competidores recientitos. Y se acoge al encierro y tranquilidad de su hogar.

Es inútil aconsejarle que vuelva. Se reconoce agotado. Y un fracaso sería su muerte. Es, pues, cuestión de conveniencia el eliminarse a tiempo y en plena gloria.

Mickey, Bimbo, Blas, Flip, etc., pueden calmar sus nervios y sus miedos. Su temible enemigo Félix se despidió de manera definitiva de la actividad y, por ende, de la acometividad.

Pero su sombra no deja de proyectarse en los dibujos animados ni un minuto. Su influencia es constante. En las bromas de Mickey a sus perseguidores. En las travesuras de marinero en día de asueto de Bimbo. En las locuras estudiantiles de Blas. En las aficiones de policía de Flip, etc.

Y si ello es halagador para Félix, para esta especie pelucosa significa su parada a deshora, su estancamiento.

Excepto las pruebas iniciales de «Sinfonías grotescas» — singularicemos las tituladas «La danza macabra» y «Primavera» — y de Mickey, que se ofrecieron prometedoras, la labor que se desarrolla posterior y ordenadamente defrauda muchas esperanzas.

Se empieza bien. Con éxitos unánimes y justísimos por el acierto en la comprensión de la pantalla parlante.

Pero no basta eso. Se exige huir de la monotonía. Y los dibujos animados en su actual época sonora y hablada son de insistencia, de repetición. Es un eco inmutable que cansa ya.

El mismo juego siempre. Idénticos pretextos para que resulten muy musicales. Y de un optimismo frívolo, exento de ambiciones nobles.

Cualquier ocasión sirve para que aparezca el ya imprescindible piano y se origine un baile general: inevitablemente de cosas y animales.

El tema está ya abusivamente explotado. Lo que no indica de ningún modo que se halle explorado en su integridad.

Los dibujos animados padecen una crisis de fatiga por lo mucho que corrieron. Pero no de agotamiento.

Su salvación es fácil.

Consiste, sencillamente, en abandonar su intrascendencia y corresponder mejor a las inquietudes del instante. Ser más profundos, más intencionados y ejemplarizantes.

El escritor Samuel Ros, en su conferencia sutil y paradójica del «Cineclub español», lo subrayó ya.

Los dibujos animados carecen de hondura y su valor de arte e interés humano disminuyen día por día.

Y lo peor es que no van camino de alcanzar esas cualidades.

Ni incluso por el lado de Rusia. Las producciones soviéticas de este género son sólo de agrado, de entretenimiento y no de propaganda, de enseñanza como es característica de la totalidad de su cinema.

No obstante el error de hoy, confiamos que la experiencia persuada a los editores de estas películas que su precisión es rectificarse en su conducta. Y curarse, en orientaciones y recetas distintas a las practicadas, del grave vacío espiritual que les aqueja...

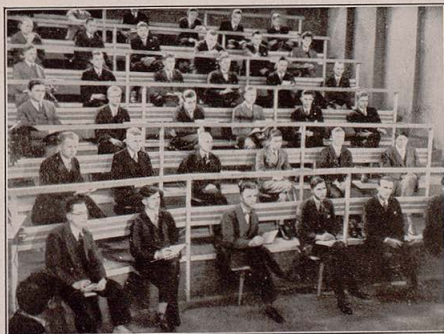
L. G Ó M E Z M E S A

---

## C a m p a ñ a s a d e s t i e m p o : Versiones, Sincronizaciones, Subtítulos

---

En la prensa cinematográfica española se ha iniciado una campaña contra la sincronización de películas extranjeras en castellano. Ha logrado proporciones tan alarmantes, que algunas veces, después de implorar al Gobierno de la República una intervención en el asunto, se ha pedido también una protec-



«El enemigo en la sangre», de Walter Ruttmann. Foto. Tobis.